

UNIVERSIDAD Y NACIÓN. CHILE EN EL SIGLO XIX

de SOL SERRANO

Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1994.

UNA LECCIÓN DE LA MEJOR HISTORIA

José Joaquín Brunner

La historia de las universidades es un tema que está en boga en Europa y Estados Unidos, seguramente debido a las grandes transformaciones que está experimentando la educación superior en la actualidad. Cada vez que una institución y su entorno tecnológico-cultural entran en una fase de acelerados cambios, renace el interés por sus orígenes y trayectoria y se vuelve a poner atención a sus relaciones con la sociedad y el Estado.

Chile no ha estado ajeno a ese renacimiento del interés por la historia de sus universidades. En los últimos años se han publicado trabajos de historiografía especializada sobre el desarrollo del sistema universitario

JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER. Realizó estudios de sociología de la educación en la Universidad Católica de Chile y en la Universidad de Oxford. Secretario General de Gobierno (1994 –). Ha sido profesor e investigador de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso) y es autor de numerosas publicaciones en los campos de la sociología, la educación y la cultura. Entre estas últimas cabe mencionar *El caso de la sociología en Chile: Formación de una disciplina* (1988); *El espejo trizado: Ensayos sobre cultura y políticas culturales* (1989); *Educación superior en América Latina: Cambios y desafíos* (1990).

chileno (Bernardino Bravo), sobre la Universidad Católica de Chile (Luis Celis, Ricardo Krebs y Luis Scherz), sobre la Universidad de Chile (Rolando Mellafe y colaboradores), y se han reeditado algunos de los discursos fundacionales de nuestras más antiguas universidades.

A esos trabajos viene ahora a unirse el más ambicioso, completo y contundente de esos estudios. Se trata del libro de Sol Serrano, *Universidad y Nación. Chile en el Siglo XIX*, publicado por la Editorial Universitaria. En este volumen su autora emprende un exhaustivo análisis de la formación y desarrollo inicial de la Universidad de Chile, “una de las obras institucionales más macizas del siglo XIX chileno”, “columna vertebral de la educación pública, de la vida intelectual y de la formación de la élite dirigente”; institución que, como bien señala Sol Serrano, “forma parte del mito de los orígenes” en la memoria republicana del país.

Su análisis, sin embargo, es algo bien distinto de una historia de esa Universidad. Tomándola como centro de una importante actividad intelectual, la investigación se proyecta hacia una historia de la educación chilena y del campo de las primeras profesiones modernas que surgen en nuestra sociedad. Por esto, no se exagera al decir que estamos frente a un libro que en adelante será de consulta obligada para quienes están interesados en entender la evolución cultural del país durante el siglo pasado.

Los aciertos del estudio de Sol Serrano son muchos y de diversa índole. Es una obra rigurosamente documentada, llena de ideas, movida por una tesis interna, escrita con estilo claro y que, desde el pasado, les habla a los debates del presente. Ella contribuye a entender el desarrollo de una institución que, nacida en Europa, terminaría por difundirse hacia todas las latitudes del planeta, desde Tromso cerca del Ártico hasta Punta Arenas; desde Hong Kong en un extremo hasta Manta, Ecuador, en el otro. Contribuye además a una revaluación del movimiento de ideas y de valores que dio origen al campo intelectual chileno y a entender las dimensiones cuantitativas y cualitativas que caracterizan el surgimiento de las profesiones primarias, las de abogados, médicos e ingenieros. Por último, es un aporte a la historia del Estado y de la sociedad ilustrada durante el siglo XIX.

Sólo un libro organizado en torno a ideas y planteamientos —es decir, no un mero recuento de datos y situaciones, o su ordenación cronológica— podía aspirar a tanto y, más encima, dejar satisfecho al lector, que termina inspirado por su lectura.

Entre las varias ideas que estructuran esta obra, una tiene el valor de un principio axial, proporcionado algo así como el hilo rojo que nos guía en medio de los laberintos de la historia. Es la idea de que, durante el siglo

pasado, el Estado chileno jugó el rol central en la modernización de la sociedad, asumiendo entre otras las funciones de incorporar a los sectores populares a la cultura escrita, la de procurar la implantación del conocimiento científico y técnico en medio de la escena intelectual del país, la de formar una élite dirigente y abrir cauces a la movilidad basada en los méritos personales, la de desarrollar las bases de la profesionalización de ciertas prácticas expertas revistiéndolas de legitimidad social y cognitiva, y la de impulsar la secularización de la sociedad.

Puntualmente, lo que autora quiere demostrar en este estudio es que el Estado, a través de la Universidad de Chile, jugó ese rol decisivo en la construcción del sistema intelectual republicano durante el siglo XIX. Lo habría logrado mediante la combinación de dos iniciativas de la mayor envergadura histórica: primero, la formación de una clase dirigente “capaz de elaborar una interpretación de la sociedad chilena y de conducir el Estado” y, segundo, mediante la formación de las modernas profesiones, “principalmente en aquellas disciplinas basadas en las ciencias naturales y físicas”. En cambio, no habría tenido igual éxito en implantar la investigación científica en el ámbito de la universidad, a pesar de que ese ideal formó parte del programa académico de Andrés Bello. Las ciencias, en realidad, debieron esperar hasta mediados del presente para encontrar un clima propicio que les permitiese asentarse en las universidades y aún esperan obtener el necesario apoyo y reconocimiento de la sociedad. A contrario *sensu*, lo que la autora impugna es cualquiera interpretación de que el sistema intelectual del siglo pasado se hubiera formado por impulsos “desde abajo”; o sea, por demandas de la sociedad y a requerimiento o bajo el estímulo de los mercados.

La tesis de Sol Serrano, y lo que por su sola formulación ella descarta, forman en esta obra una bien articulada y poderosa argumentación. Personalmente comparto la idea de que nuestras universidades coloniales, y nuestras primeras universidades públicas, tanto en Chile como en el resto de América Latina, fueron instituciones creadas “desde arriba”, por el Estado, adelantándose a las demandas de la sociedad civil y a la evolución de los mercados ocupacionales.

Sólo tengo tres comentarios que hacer, todos en la línea de complementar el argumento-eje desarrollado por Sol Serrano. Primero, creo que la tesis central del libro está “sobrerrepresentada”, en el sentido de que no muestra con igual vigor los aspectos limitados, precarios y culturalmente poco densos que por necesidad de la época entraña la obra fundacional del Estado chileno en el campo intelectual. En realidad, tales insuficiencias están registradas en el texto del volumen; pero la autora no se detiene en

ellas ni saca de allí las conclusiones que pudieran haber ofrecido un cuadro aún más rico y balanceado de la historia. Segundo, es probable que un estudio igualmente lúcido e incisivo de la formación de la Universidad Católica a fines del siglo XIX pudiera llevarnos más adelante a la conclusión de que, a pesar de todo lo dicho por Sol Serrano, la sociedad civil se movía y, a lo menos algunos de sus círculos, expresaban demandas y estaban en condiciones de plantear exigencias y de disputar la naciente hegemonía liberal-modernizadora. Tercero, es efectivo que en todo ese movimiento institucionalizador del campo intelectual —expresado principalmente desde el Estado pero complementado conflictivamente desde el sector que Gonzalo Vial llama el Partido Católico— el mercado de ideas y posiciones no juega un papel decisivo. No podía hacerlo; prácticamente no existía o estaba recién en su fase más incipiente de formación. De allí que las modernas profesiones no pudieran nacer desde el lado de la demanda sino que fueran una creación desde el lado de la oferta. La historiografía y la sociología de las profesiones coinciden en ese punto, al mostrar que la formación de las profesiones son, justamente, uno de los elementos formativos del mercado de conocimientos y prácticas expertas. En otras palabras, el Estado, al acelerar la conformación de los campos profesionales mediante la creación de universidades y la efectiva monopolización de las prácticas formativas de sus practicantes y certificaciones en favor de esa institución, crea asimismo uno de los requisitos centrales para el posterior desarrollo de los mercados de servicios profesionales.

En este caso, como en tantos otros, la historia juega astutamente con los hombres y sus instituciones: los hace creer que trabajan para un solo señor cuando en verdad son dos amos a los que sirven. El Estado crea el mercado allí donde éste no surge por sí solo y de esa manera planta la semilla de un fenómeno que, un siglo más tarde, terminará madurando, momento en el cual el mercado lleva a los hombres a redefinir las dimensiones y la posición del Estado. □